

Jordi Amat

La ola de Trump

Tío, el Pulitzer.

—¿Tuyo?

—Sí, el surfero.

El editor de Asteroide —Luis Solano— llevaba semanas dando la tabarra con su penúltimo descubrimiento: la autobiografía de un tipo que contaba sus aventuras por el mundo buscando la ola perfecta. Uno de sus lectores, a quien el surf le debe de fascinar tanto como a mí los discursos macarras de Gabriel Rufián, leyó el original y confirmó que sí, que era una obra mayor del memorialismo contemporáneo. Con un dominio envidiable de los códigos de la no ficción americana —esa técnica para sumar detalles vividos de la realidad que, sin petulancia, acaban componiendo un gran fresco de época—, *Años salvajes* es una obra escrita para ensanchar la imaginación. De Hawái a Madeira, de Polinesia a Sudáfrica, la historia de juventud de este trotamundos con su tabla de surf a cuestas es una demostración fatuosa de cómo durante la segunda mitad del siglo XX aún podían vivirse epopeyas comparables a la de los conquistadores.

Pero William Finnegan no quería colonizar continentes sino bailar sobre el peligro de olas desconocidas. La suya no fue una experiencia cualquiera. Descubriendo el mundo “antes de que se convirtiera en una réplica de Los Ángeles”, este licenciado en Filología Inglesa iba conociéndose a sí mismo. “Quería aprender nuevas formas de existencia. Quería cambiar, quería sentirme menos alienado existencialmente, quería sentirme —como suele decirse— más a gusto en mi propia piel y también más a gusto en el mundo”. Como programa de vida parece atractivo, pero atrevete a convertirlo en realidad. Finnegan lo hizo. En su largo viaje, mezclándose con la otredad de razas, culturas y personas, conquistó una libertad crítica que constituye la esencia de lo que hemos descubierto estos días: el chaval de la tabla es uno de los mejores reporteros vivos.

Cenamos el jueves 27. Hacía un par de horas que había regresado en AVE desde Madrid (“la España de siempre, Madrid; estar en Barcelona es como pasear por Ámsterdam”) y estaba pendiente de mandar las galeadas de un artículo sobre el último país que ha visitado: Venezuela. Estaba horrorizado por la miseria y el terror político sentido en sus propias carnes. Me fascinó su

meticulosidad profesional, suya y de la revista donde trabaja. Desde hace treinta años es redactor en plantilla de *The New Yorker* y sus textos pasan por una criba doble y exigente de verificación de hechos. También debió superarlo cuando en el verano del 92, tras pasar un mes en Barcelona y hablar con todos los que pesaban, escribió un reportaje desconcertado por la laxitud con la que aquí se convivía con el pasa-

Una clase media blanca empobrecida y sin posibilidades se refugia en unas ideas que nadie se atrevía a hacer públicas

do de Samaranch. Y fue de un tris que su artículo, titulado “Catalonia”, no se abriera con una fotografía del presidente del COI brazo en alto.

Retomando argumentos de su *speech* en el CCCB, Finnegan expuso su visión sobre Donald Trump y los medios de comunicación mientras picaba unos robellones. Sostuvo que un fenómeno sería impensable sin el otro. Algo sustancial cambió durante

la segunda mitad de los noventa con la aparición de la cadena estatal Fox. Antes había empezado con las tertulias políticas radiofónicas, pero el fenómeno lo expandió la televisión rompiendo con el centrismo que era lo dominante en las grandes cadenas. Adaptado a nuestras coordenadas: se consolidó el discurso de una caverna mediática. Aprovechando el esqueleto del formato periodístico, más que hechos, empezó un bombardeo de ideología burda, eficaz y omnicomprendida que acabó por consolidar una burbuja de paredes de cemento que la verdad factual no logra reventar. Es sensacionalismo injertado al populismo y ha llegado a ser adictivo para su consumidor. Una clase media blanca empobrecida y sin posibilidad de ascenso social encuentra refugio en unas ideas que hasta ahora nadie se atrevía a hacer públicas de manera tan explícita. Y Trump vino, lo dijo sin titubear y ganó la nominación. A esa ola se ha subido. Digámosle machismo, digámosle racismo, digamos negación del cambio climático. Digamos que es nuestro lado oscuro que no nos atrevemos a verbalizar.

¿El periodismo no ha podido cortocircuitar esa fascinación inquietante, donde el populismo se mezcla con el nacionalismo para estigmatizar a los otros que ya están aquí? Finnegan cree que los medios tradicionales llegaron tarde. Cuando la prensa aceptó que esta vez, sí, la candidatura de Trump iba en serio, no había realizado una investigación solvente que facilitase la inhabilitación civil del farsante. Los hechos nada podían contra su ideología de garrafón. En lugar de articular una crítica alternativa, las redes sociales, donde tú creas esa burbuja propia donde amigos y seguidores piensan como tú, han acabado por envolverte en esa ansiada seguridad aunque sea virtual. Las bases republicanas, más que la clase alta del partido, han sido magnetizadas por esa bravuconería. Las afirmaciones identitarias de Trump, tan primarias, han actuado como un salvavidas porque hace demasiados años que han interiorizado el discurso del poder como una forma concreta de humillación.●



JOMA